

EL ESPÍRITU,

Semanario científico-literario.

PRECIOS.	
En Madrid, un mes.	4 rs.
PROVINCIAS.	
Un mes.	5 id.

Este periódico se publica los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes.
 Se suscribe en las librerías de CUESTA, viuda de VAZQUEZ
 y BAILLY-BAILLIERE
 REDACCION.
 Plazuela de San Miguel, número 8, cuarto principal.

SUMARIO.

D. RODRIGO PONCE DE LEON, MARQUÉS DE CÁDIZ.
 (Continuacion), por D. A. Rodriguez Villa.—
 Á LA LUNA, por D. R. Serrano y Alcázar.—
 ÉPOCAS ARTÍSTICAS Y ÉPOCAS CIENTÍFICAS, (Con-
 clusion), por D. E. M. Fernandez Cantero.—Á
 ELLA, por D. J. Gualberto Ballestero.—LA VÍR-
 GEN DE LOS AMORES, (Conclusion), por Don
 Emilio Nieto.—Á UNA HERMOSA, por D. Pedro
 Avial.—Á ELENA, por D. A. de Q. y G.—Á
 LA MUERTE DE D. SALVADOR RAMOS, por Don
 Antonio Flores.—REVISTA DE TEATROS, por Don
 Enrique Ulloa.

DOÑ RODRIGO PONCE DE LEON, MARQUÉS DE CADIZ.

(Continuacion).

No pudieron los moros resistir tan im-
 petuoso ataque y emprendieron la reti-
 rada; mas perseguidos por los cristianos
 fueron completamente derrotados, dejan-
 do en poder de estos, ricos despojos.

Esta batalla llamada del Lopera, dada
 el 13 de setiembre de 1483 y celebrada
 con muchas fiestas por los Reyes Católi-
 cos, valió á Rodrigo Ponce de Leon el pri-
 vilegio concedido por el rey don Fernando
 de vestir todos los años la ropa que él y
 sus sucesores los Reyes de Castilla lleva-
 sen el dia de Ntra. Sra. de Setiembre (1).

Durante el corto tiempo en que el mar-
 qués de Cádiz descansaba de los trabajos
 y fatigas de la guerra, hacia le enterasen
 sus espías del estado de las plazas y for-
 talezas de los moros. Sabiendo que Zaha-
 ra se encontraba desguarnecida á causa de
 la derrota del Lopera, determinó sorpren-

derla, emprendiendo su marcha por la no-
 che. El buen orden de las tropas y las
 escelentes precauciones del Marqués favo-
 recieron el éxito de la empresa tan satis-
 factoriamente, que despues de un porfiado
 combate se tomó por asalto, siendo Ponce
 de Leon el primero que subió por la esca-
 la, arrollando á cuantos se le oponian. En
 cambio los Reyes Católicos no cesaban de
 dispensar mercedes al valiente caudillo y
 discreto inventor de todas estas árduas em-
 presas, y esta vez le concedieron el título
 de duque de Cádiz y marqués de Zahara.

Mas aun no estaba suficientemente ven-
 gado el desastre de los montes de la Ajar-
 quia, y en las lóbregas mazmorras de Ron-
 da gemian tristemente muchos y muy bra-
 vos españoles hechos prisioneros en aque-
 lla desgraciada empresa. Este recuerdo
 afectaba tanto al piadoso corazon de Pon-
 ce de Leon, que tomadas las villas de Coin
 y Cartama y estando el Rey dispuesto á
 sitiar á Málaga, el marqués de Cádiz con-
 ferenció secretamente con don Fernando,
 haciéndole ver los muchos obstáculos que
 ofrecia este cerco, y lo fácil que segun sus
 noticias seria el apoderarse de Ronda.
 Aprobó el Rey el dictámen del Marqués, y
 puesto en ejecucion salió con aquel favo-
 rable y premeditado éxito que seguia siem-
 pre á sus cálculos. Al entrar en Ronda su
 primer cuidado fué dar libertad á los in-
 fortunados cautivos, y ¡cuál no seria su
 dolor al ver aquellos jóvenes, que cubier-
 tos de galas partieron de Antequera, salir
 ahora de las mazmorrras casi desnudos,
 abrumados por el peso de las cadenas y con
 las barbas hasta la cintura! ¡Cuántas
 muestras de agradecimiento recibió aquel
 dia! No basta al hombre ilustre conquis-
 tar pueblos y ciudades, cuya dominacion

(1) Zurita, Pulgar.

violenta dura solo mientras pesa sobre los conquistados el yugo del conquistador. La conquista del corazon humano es la mas grande y mas bella de las conquistas; es el monumento mas glorioso, el mas firme y oponible á la constante destruccion del tiempo.

Incansable el marqués de Cádiz en ir arrancando del poder de los reyes de Granada sus mas poderosas ciudades, formó parte de la expedicion que en 1486 mandó el Rey contra Loja, y pidió á este que le destinase al punto de mas peligro. Cumpliése su deseo, y en repetidas ocasiones dió muestras, ora de su pericia militar, ora de su valor personal, que una y otro eran necesarios para combatir á enemigos tan fieros como adiestrados.

Con tantas victorias y conquistas alcanzadas por los Reyes Católicos, el reino granadino se hallaba tan desmembrado, que solo le quedaban ya cuatro ó cinco ciudades que pudieran ofrecer alguna resistencia; y la hermosa Granada, la ciudad querida del ilustre Alhamar, semejante á una reina poderosa cuya gloria consistiera toda en la fortaleza de sus hijos, veia con el mas acerbo dolor perder uno tras otro hasta quedar al descubierto de su denodado enemigo.

El ejército de Fernando no se cansa de alcanzar victorias, siquiera sean á riesgo de muchos peligros y sufrimientos. De todos participaba Rodrigo Ponce de Leon, y en los sitios de Velez-Málaga y de Málaga su gloria se acrecentó, y escedió á la de sus ilustres compañeros de armas. En el primero salvó por segunda vez la vida del Rey, que impulsado por su noble ardor se hallaba combatiendo en las primeras filas; y habiendo traspasado á un arrogante moro con su lanza, y no pudiendo desenvainar la espada, rodeado de enemigos, hubiera perecido á no acudir á su defensa entre otros caballeros el marqués de Cádiz, que perdió su caballo, y queriendo castigar la osadia de los moros, cerró con ellos de tal modo que estuvo á punto de morir. En el segundo sitio, conociendo don Fernando la astucia diplomática de Ponce de Leon, dijo á este: « En vuestra

mano pongo este negocio y la llave de mi tesoro; haced á mi nombre lo que mejor os pareciere. » Un enemigo terrible defendia á Málaga. Hamet el Zegri, oponiéndose á todo trato de paz, hizo muchas salidas al campamento cristiano. El marqués de Cádiz estaba encargado del puesto mas peligroso y del ataque mas difícil; tenia que combatir el castillo de Gibralfaro. Una noche en que reinaba el mayor silencio, y en que las tropas del Marqués descansaban, mas de dos mil moros sorprendieron su campamento. Los soldados atemorizados emprendieron la fuga. Saliendo entonces de su tienda acompañado tan solo del alférez que llevaba su bandera, marchó á detener á los fugitivos. « ¡Vuelta, hidalgos! les decia, ¡vuelta, que yo soy el Marqués! ¡yo soy Ponce de Leon! » Qué efecto tan maravilloso produjera tal nombre nos lo dicen los hechos. Los soldados dieron el rostro al enemigo, y se trabó una sangrienta lucha, en la que Ponce de Leon estuvo muchas veces en peligro, porque conociéndole los moros por su valor y por su arrojo dirigian contra él sus balistas, una de las cuales le acertó en el broquel, y le pasó la coraza.

Pero el Dios de los ejércitos velaba por la vida del ilustre defensor de su ley y de su religion, y la flecha no osó atravesar aquel pecho tan generoso y tan respetado de lanzas y alfanjes. Al fin el hambre y repetidos ataques obligaron al inflexible Hamet á capitular, y tambien Málaga pasó al dominio de los Reyes Católicos.

(Se concluirá).

A. RODRIGUEZ VILLA.

A LA LUNA.

ODA.

Melancólica luna,
 Cornuda diosa de la faz dorada
 Boton de esa estrellada
 Camisa de dormir del universo
 A tí, régia señora,
 Que cruzas á deshora
 Del mundo las alturas,
 Quien á tu hermosa luz se encuentra á oscuras;

A tí, parodia del barbudo Febo,
 A tí mi canto elevo
 Ansioso de ensalzarte.
 Y si me das, oh luna,
 De tu luz una chispa,
 No mucha, no te quedés sin ninguna,
 Haré que me hagan coro
 Desde aquel que fué dios, y cisne y toro
 Hasta el pobre cojuelo
 Que alborotó con sus traspies el cielo.

Oh diosa esclarecida,
 Si atónita mi vista te contempla,
 O bien cuando mas creces
 Con ínsulas de adulta
 Bañada en tintas de oro,
 Y tras de tí parece que se oculta
 La cabeza de un moro;
 O ya cuando mas brilla
 Tu cuerpo, y flotas en el aire ufana
 Cual barquerola de nevada quilla;
 O ya cuando galana
 Entera te presentas,
 Y con roma nariz y vizcos ojos
 Tu cara de pastel al mundo ostentas;
 Bien te contemple en la callada noche,
 Cuando cruzas serena el firmamento
 De nubes trasparentes en tu coche
 Tirado por el viento;
 O bien te mire aislada,
 Cuando tu rostro en el cénit campea,
 En esa inmensa bóveda pegada
 Cual blanquecina oblea,
 Siempre, oh luna, te admiro;
 Y en dulces ayes y suspiros tiernos
 Mi espíritu se eleva hasta tus cuernos.

Mas dí, bello farol de luz prestada,
 Por qué, si reina eres
 De celeste mansion tan encumbrada,
 Tu rostro se reviste
 De tanta palidez, color tan triste?
 ¿Acaso vas sin vida,
 Como en tiempos remotos lo dijeron,
 Tras el bello Endimion, mujer perdida?
 ¿O tienes tal color de maldiciones
 Que en rejas y balcones
 Te arrojan los amantes
 Cuando tu mecha enciendes,
 Y sales importuna, y les sorprendes?
 ¡Oh, cuánta picardía,
 Que aquí mi musa por pudor no nombra,
 Se fragua á tu luz fria
 O mejor á tu sombra!
 Y tú lo ves paciente,
 Y al mas remoto polo no te encumbras.
 Tú lo ves con cachaza..... ¡y les alumbras!
 Sigue, sigue, si tal es tu destino,

Sin que nadie te envidie en tu camino.

Mas no, no, luna hermosa,
 Que tambien suavemente
 En medio de la noche silenciosa
 Doras la noble frente
 Al labrador rendido
 Y en su lecho de pajas adormido.
 Tambien al viajero
 Le muestras su sendero.
 Tambien con tu luz pura,
 Cuando el mundo reposa en dulce calma,
 Das misterioso aspecto á la natura
 Melancólico, sí, mas grato al alma;
 Aspecto delicioso
 Que nunca tuvo el dia,
 ¡Oh dulce reina de la noche fria!

R. SERRANO Y ALCÁZAR.

ÉPOCAS ARTÍSTICAS Y ÉPOCAS CIENTÍFICAS

EN

LA VIDA DE LOS PUEBLOS.

(Conclusion).

III.

Pero la vida del sentimiento no es el fin único de la humanidad ni puede satisfacer las crecientes aspiraciones de la inteligencia. Si á la vista de los objetos bellos concibe la imaginacion placenteras ilusiones, la razon busca al momento detrás de las primeras apariencias de los objetos la realidad prosáica de la vida. En los hechos busca las causas, y encontrados los principios, desenvuelve todas las consecuencias prácticas. Estas son las que ayudan á hacer la vida menos penosa, las que dan á los hombres la posesion del universo y elevan su espíritu hasta la contemplacion de los mas sublimes enigmas de la ciencia humana. Es tal la tendencia que la inteligencia tiene hácia la posesion de la verdad y tan positivos y fecundos sus descubrimientos, que así que un pueblo ha llegado á formar un sistema científico, lo ha propagado entre la parte de la poblacion dedicada á los trabajos intelectuales y estendido en la masa del pueblo por medio de las máximas que del sistema se deducen, ya parece que la nacion ha cambiado de aptitudes y la naturaleza ha trocado su risueño aspecto; ya, como si hubiese llegado el pueblo á su edad varonil, todo su afan consiste en investigar las leyes que rigen á los movimientos de los cuerpos, las que hacen funcionar á las facultades del alma, las que dirigen á la sociedad en la variedad inmensa de sus relaciones y las que

mantienen la dependencia de todos los seres de una causa primera. Entonces se formulan teorías sobre todas las ramas del árbol de la ciencia, colocando al lado de cada una de ellas, como consecuencias prácticas, tratados sobre los diferentes medios que cada ciencia suministra para la ejecución de los trabajos intelectuales y materiales. No por eso se olvida del todo la inspiración poética, porque la humanidad no pierde ni cambia sus facultades, si no que ejercita con preferencia ya unas ya otras; pero los antiguos cantos, nacidos espontáneamente del corazón, como las flores en la estación de la primavera, no se reproducen ya con aquella lozania y candor que hace considerarlos como un objeto de veneración y un modelo constante para los genios. Así es que en la época científica, las producciones artísticas, y sobre todo las poéticas, son como la vejección del otoño, debida á la mano inteligente del jardinero, inspiradas tal vez con facilidad, pero amoldadas á las formas antiguas y concluidas con todo el artificio del tecnicismo científico.

Esta distinta dirección del trabajo intelectual influye necesariamente en las facultades del hombre, sujetas á la ley del hábito, y al paso que la capacidad para la ciencia se generaliza, se reduce el número y el vuelo de las aptitudes artísticas y toma un aspecto diferente el carácter de la nación.

Estos principios necesarios del desenvolvimiento humano, se reproducen en todos los pueblos, y la historia de la literatura los consigna y prueba de una manera evidente. Recórrase la historia literaria de cualquiera de los pueblos antiguos ó modernos, y en todos veremos un período llamado edad de oro de la literatura, en el que esta llega al mas alto grado de perfección y se manifiesta en todos sentidos; pero pasada esa época viene otra en que el talento encuentra ancho campo en que ejercitarse; la esplicación del pasado esplendor, las situaciones difíciles del Estado en su decadencia, el anhelo de un porvenir tan dichoso como el tiempo pasado y la escitación de los grandes genios que les han precedido, todo esto despierta en los hombres el afán de pensar y el espíritu de discusión, y parece que el exceso de capacidad para la concepción viene á estrellarse contra el deseo de comprender todas las cosas en sus pormenores, y los que antes producían las grandes creaciones del arte, luego se desvanecen en un caos de reglas y preceptos, como los átomos que encuentra el físico en el análisis de los cuerpos. Recuérdense los siglos de Pericles y de Alejandro en la Grecia, los de Augusto y los Antoninos en Roma, en España los siglos XVI y XVII, y en estas y en todas las de-

mas literaturas se verá que la humanidad camina siempre bajo la misma forma de progreso en progreso. Hé ahí por qué muchas épocas en que parece que los pueblos retroceden y pierden los adelantos adquiridos, mientras que considerando la marcha general de la humanidad se ve que en esas épocas no hay si no la destrucción de los elementos accidentales que sirvieron para realizar un fin anterior y que son innecesarios para conseguir otro mas perfecto.

Convencidos de que este es el destino de la humanidad y de que el hombre tiene libertad para adelantar en esa obra, al espíritu de la juventud corresponde dar impulso con vigor y con fé al movimiento social, empezando por conquistar la ciencia para realizar un día todas las grandes concepciones en la vida práctica.

E. M. FERNANDEZ CANTERO.

Á ELLA.

Te quiero cual la alondra
quiere á su hijuelo:
cual los ángeles puros
quieren al cielo.
Cual la dorada,
quiere del mar mujiente
la onda salada.

Te quiero como al árbol
los ruisenores;
como al fresco rocío
quieren las flores.
Aun mas te quiero,
que al imán poderoso
quiere el acero.

Te quiero como al aire
la mariposa,
que feliz juguetea
de rosa en rosa.
Como el herido,
á la vida que pierde
desfallecido.

De luceros el brillo
tienen tus ojos,
del clavel la frescura
tus labios rojos.
De la azuzena,
tiene las puras tintas
tú faz serena.

Tienes del alba hermosa
la dulce risa,
y tu aliento el perfume
de tenue brisa.
De adolescente,
tienes el pie hechicero
y alma inocente.

Tiene el mágico encanto
tu fresco acento,
del murmullo del bosque
que mece el viento.
Y á sus hechizos,
se adormecen los genios
entre tus rizos.

Es tu boca si acaso
feliz sonries,
un tesoro de perlas
entre rubies.
Si tu alma llora,
mil diamantes derramas
como la aurora.

Si amorosa me miras
prenda adorada,
arde mi alma en el fuego
de tu mirada.
Tu amor imploro,
porque mas que á mi sangre
mi bien, te adoro.

J. GUALBERTO BALLESTERO.

LA VIRGEN DE LOS AMORES.

FANTASÍA

POR

EMILIO NIETO.

(CONCLUSION).

XIV.

La tumba se abre.
Y ve María en su fondo una claridad suprema,
un algo, como lo que ella vislumbraba en sus
momentos terribles de agonía.
Y sobre este espacio de fuego distingue una
sombra que se acerca.
María está inmóvil, como aletargada por la
sorpresa.
Y entretanto un divino perfume impregna el
espacio, y la sombra por fin llega á la tierra.

Está al lado de la virgen y la tiende una mano
con espresion celestial.

—¡*Él!* exclama la niña.

Se levanta y le contempla tranquila, son-
riente, como la contemplaba todos los dias.

—Dios me permite, ángel mio, dice Luigi con
dulzura, que baje otra vez al mundo para bus-
carte, para que unidos nos elevemos hasta su
trono.

—Sí, continuó contemplando con delirio á su
amada; esa chispa que enciende con su divino
soplo en dos corazones es un destello de sí mismo,
es un rayo de su mirada omnipotente.

La luna coronaba con su luz blanca, virginal,
las sienes de los dos amantes que se contempla-
ban extasiados.

—¡Bendito sea Dios que ama! exclamó
María.

—¡Bendito! continua Luigi; él protege nuestro
amor; él nos junta para toda una eternidad.

—Y en su seno nos amaremos.

—¡Y seremos felices!

Un grito seguido de una imprecacion resuena,
y aparece un hombre con los cabellos erizados,
la boca balbuciente, los ojos estraviados.

Es Ulrik.

Ulrik, que dominado por los celos, habia visto
salir á María y la habia seguido.

Ulrik, que llevando aun en la mano el puñal
ensangrentado, se lanzó frenético sobre Luigi.

Este le miró y murmuró con lentitud.

—¡¡Asesino!!

¡Aquellos ojos! Aquella mirada no era de
hombre; aquella voz parecia salir de la eter-
nidad.

Ulrik quedó inmóvil, clavado en su sitio, y
su brazo se bajó quedando inerte, sosteniendo
apenas el fatidico puñal.

Un fuego horrible hervia dentro de su pecho;
sus sienes ardian, su conciencia le despedazaba
el corazon como el pico de un ave de rapina se
ceba en su presa.

—« ¡Asesino!! » oia sin cesar por todas
partes.

Luigi enlazóse con María, y caminando hácia
el mar, comenzaron á andar muy lentamente. La
tumba volvió á cerrarse.

XV.

Al ver Ulrik adelantarse á los dos amantes
hácia su lado retrocedió un paso.

Luigi y María con los ojos levantados hasta el
cielo, vagaban mecidos en sus miradas por el es-
pacio.

Y continuaban avanzando hácia la costa.

Y el alemán, con la vista fija en el jóven,

fascinado, rodeado de una especie de magnetismo, seguía retrocediendo vuelto de espaldas.

El quería huir de aquella vision, hacia esfuerzos violentos por lanzarse hácia un lado del camino; pero una fuerza misteriosa le decia: «¡Detente!»

Y le arrastraba adelante, adelante, siempre enfrente de los dos amantes, siempre como perseguido por ellos.

Y seguía caminando. Y sentia cubrirse su frente de sudor y rebelarse su naturaleza contra el férreo y oculto poder que le arrastraba.

Quería gritar, y su voz se helaba; quería detenerse, y sus pies le llevaban por fuerza.

El mar estaba ya cerca. Oía el ruido de las olas que se estrellaban en las rocas á sus espaldas.

Un pensamiento terrible le agitó entonces. «Si siguen andando algunos pasos, si continúo retrocediendo, caeré en el mar sin remedio.»

Y sus cabellos se erizaron atrozmente, y su corazón latió con violencia.

Quiso clavar los pies, y la arena, cual si se hiciese un surco, huyó de sus plantas.

Y siguió andando.

Estaban ya en un pequeño puerto natural, en el puerto en que tres días antes á la misma hora se habían embarcado Ulrik y Luigi.

La barca del primero estaba amarrada en un extremo como siempre.

Los dos amantes avanzaron un paso; Ulrik retrocedió otro, y sus plantas se posaron sobre la peña.

El agua le salpicó por detrás; uno de sus pies comenzó á resbalar sobre el abismo; un paso más y estaba perdido.

Entonces Luigi bajó los ojos lentamente, vió á Ulrik luchando con su agonía, jadeante, horrorizado, y comprendió todo lo que antes en su distracción no había notado.

Y estendió la mano con majestad murmurando dulcemente:

—¡El amor nunca se vengará!

Ulrik cayó de rodillas ocultando su rostro entre las manos.

—Luigi, murmuró María con acento débil, tembloroso, siento que la vida se me acaba, que mi alma va á volar con la tuya.

—Ven, exclamó entonces Luigi, ven al tálamo nupcial que te preparo.

Y la condujo á la barquilla.

Al cabo de un rato levantó Ulrik su rostro, miró á su alrededor con ojos estraviados, y allá á lo lejos, en el mar, vió un bote que se mecía dulcemente, y dentro de él un hombre y una mujer iluminados por la luna, recostados el uno junto al otro.

Les siguió contemplando de rodillas.

Y cuando desaparecieron de su vista, fundiéndose con las tinieblas, se levantó bruscamente, dió dos ó tres pasos vacilante, y lanzó por fin una carcajada seca, de sarcasmo.

Estaba loco.

—María, vírgen de mi amor, ya estamos en alta mar, solos, venturosos; hemos abandonado el mundo para siempre.

—¡Qué dulce es morir entre tus brazos, arrullada por las ondas, iluminada por la luna, bendecida por Dios!

—Sí, María; ese manto de esmeralda tan ondulante, tan inmenso, va á ser nuestro lecho. ¡Cuánta ventura! ¡dormir en las entrañas del mar y despertar en el alcázar de los cielos!

—Luigi, Luigi de mi alma, voy á dar el último suspiro; acércate más; así; ya siento latir tu corazón junto á mi pecho.

—El postrer aliento de tu vida será el último soplo de mi existencia. Dios lo permite así, murmura el jóven.

—Sí, formula, con voz celeste la jóven moribunda; tú me viniste á buscar; vé; ya te sigo.

Y una ola se adelanta inmensa, devoradora, sobre la débil barquilla.

Ya está encima coronada de espuma; y aun pueden ver los dos amantes á través de su líquido cristal los débiles reflejos de la luna que melancólicamente los despide.

Después el agua los sepulta.

Y por entre el ruido de las olas y el bramido del viento, se desliza sonoro, prolongado, el eco de un ósculo postrero de pasión.

Serénanse las ondas, vuelve el reposo á la verde superficie, y rompiendo su cristal, se alza en el espacio un suspiro lento, vagoroso.

¡Es el postrer aliento de dos seres!

Ni la barca, ni Luigi, ni María, aparecen otra vez.

Sus cuerpos duermen el sueño eterno en el abismo.

¡¡¡Paso, paso á dos almas, que enlazadas se elevan hasta el cielo!!!

XVI.

Al día siguiente el padre de María buscó en vano á su hija por todas partes. Jamás volvió á encontrarla.

Se pensó que perdida por los contornos habria caído quizá á algún precipicio.

Ulrik, que de repente habia aparecido loco,

recorria el pueblo, dando estravagantes carcajadas y refiriendo una historia fantástica, incoherente.

Algo terrible habia sucedido la noche anterior. Todos lo comprendieron así.

Y entonces, sin saber de donde habia salido, como una misteriosa iniciación, corrió de boca en boca la historia de amores que os he referido.

Los incrédulos sonrieron.

Los amantes lloraron de ternura.

La losa de la tumba de Luigi era ya inútil. Un mismo sudario envolvía á los dos amantes; el mar.

Sin embargo, todos la respetaron.

Para unos, allí estaba un hombre sepultado.

Para otros, allí, sobre su blanca superficie, se hallaba escrita una historia de amor con eternos caracteres.

Un sáuce creció á su lado. Y bajando sus ramas melancólicas, dándole sombra, parecía un tierno fantasma, la virginal imagen del dolor, velando junto á un recuerdo misterioso.

La fuente seguía corriendo con dulzura.

La *hondonada de las perlas* fué desde entonces un sitio adorado por los que amaban, un templo que visitaban con respeto.

Y desde entonces creían ver todos los amantes en sus ocultas entrevistas, dos espíritus que, oscilando sobre ellos, les cubrían con sus diáfanas alas, les empujaban el uno hácia el otro, ponían en sus labios palabras apasionadas.

Y los marineros distinguían mecidiéndose entre las ondas dos blancos fantasmas abrazados.

Y la doncella, al cerrar sus párpados, recostada sobre su lecho, percibía entre sueños la sombra de una mujer que se acercaba á ella, la comunicaba en un beso ardiente, un raudal de amor y de ternura y batiendo dulcemente sus alas, salía por la ventana.

Y el joven veía otro fantasma que se acercaba y grababa el sello de la pasión sobre su alma.

Estas dos sombras eran los ángeles custodios del amor, y á quienes los amantes evocaban en su angustia como una égida contra la desgracia.

Aun hoy los evocan, y las sombras de Luigi y de María bajan del cielo para protegerlos, para salvarlos.

Jóvenes apasionados, doncellas inocentes que me escucháis; vosotros creereis en ellas porque amáis, y el amor no es incrédulo.

Evocadlas.

Y las vereis en todo lo que proteja vuestro sentimiento: en el aire que respiráis, en el canto de los pájaros, en la humedad de la brisa, en el follaje que os encubre, en el corazón que estalla, en los ojos que radian, en los labios que balbu-

cean palabras apasionadas, en las ilusiones que os forjáis, en el suspiro que os corona, en el encanto que os rodea, en la pasión que se desborda.

¡En todo! ¡hasta en la lágrima que derramais, en el recuerdo que á través del tiempo y del espacio enlaza dos corazones que se adoran!

FIN.

Á UNA HERMOSA.

SONETO.

Tus ojos fuego son, que al sol se atreve
Y es tu sonrisa peregrina y bella;
Tu frente es pura, que candor destella;
Esbelta tu cintura, tu pie breve.
Manantial eres tú, do amor se bebe;
do se refleja del amor la estrella;
Tú eres la rosa que en abril descuella
Mostrándonos su albor de pura nieve.
Bella eres tú, y entre las mas hermosas
Puedes, sin duda, merecer la palma.
Las mujeres te miran envidiosas,
Los hombres, si te ven, pierden la calma;
Pero dicen las gentes maliciosas
Que te falta una cosa; y es... el alma.

PEDRO AVIAL.

Á ELENA.

¿Ves Elena esas flores
que entre la yerba nacen,
al pie de los arroyos
que riegan este valle?

¿Ves al ave ligera
veloz cruzar el aire
y al impulso del céfiro
las flores doblegarse?

¿Oyes del pajarillo
los sentidos cantares
que anunciando la aurora
tornan á despertarte?

Pues por el amor viven
las flores y las aves,
y yo por imitarlas
desde ahora quiero amarte.

A. DE Q. Y G.

A LA MUERTE
DE
DON SALVADOR RAMOS,
DECANO
de la Universidad de Salamanca.

De sus cabellos deslumbrante nieve
heló su corazón, le hundió en la tierra:
¡para una alma sublime es pobre cárcel
la triste edad decrepita!

Por eso se elevó, mártir y noble
á la región donde la luz se engendra,
donde al aliento de su Dios se anime
en juventud perpetua.

ANTONIO FLORES.

REVISTA DE TEATROS.

Varias son las obras de que tenemos que tratar en esta revista. La primera y más importante de ellas es la que con el título de *La Cosecha*, se ha representado en el teatro de Variedades.

Hace ya bastante tiempo que los periódicos habían anunciado este drama del señor Larra, haciéndonos concebir esperanzas de que sería á lo menos una regular obra literaria. Se representó por fin, y casi todas las revistas y gacetas le han tratado suponiendo en él más mérito del que con imparcialidad debe atribuírsele.

La Cosecha es un drama en que el señor Larra quiere probarnos que el que siembra vicio recoje dolor. Para conseguirlo nos presenta un hombre gastado por los placeres y el libertinaje, viviendo en íntima amistad con un sobrino suyo, jóven, de corazón sano y rectas intenciones. El hombre de mundo se burla del amor noble y puro del bien inclinado jóven, incitándole de un modo bastante descarado á la seducción de la muchacha, con quien se halla en lícitas relaciones. Don Juan (pues así se llama el protagonista) sostiene el lujo de una huérfana bajo el pretexto de haber sido amigo de sus padres. La niña, que sabe que la opinión pública interpreta torcidamente la protección que aquel hombre la dispensa, y fundada en las apariencias, censura su intachable conducta, deja de aceptar las dádivas de don Juan, y se resuelve á pasar su vida en la pobreza antes que sufrir la nota infamante que el público la impone. El sobrino de don Juan está enamorado y celoso de esta jóven, pero sin saber que es protegida de su tío. Ella le corresponde, le dá una cita al principio, le cuenta su historia, que no cree el celoso mancebo, pero que después, con el auxilio de un juramento, le convence hasta el punto de resolverse á llevarla á su casa, como lo hace en el

momento. Vuelve don Juan, sabe que la huérfana se ha escapado, y principia á sentir remordimientos por su desnaturalizado proceder. Finalmente, el sobrino le presenta la jóven robada, descubre que es su pupila, y don Juan llega á saber que aquella mujer es su hija; ella rechaza los brazos de su padre, y no le perdona hasta que no le vé arrodillado á sus pies.

Lastimoso es esto y aun más que lastimoso inmoral y horrible. Una hija que al encontrar un padre á quien cree muerto le cierra los brazos, rechaza el sagrado vínculo de la sangre, es un tipo tan desagradable como inmoral, siendo así que esta jóven se nos quiere presentar como modelo de virtud y de honradez. Un hombre de rodillas delante de su hija, avergonzado de sus faltas, pequeño, despreciable, envilecido, oyéndola pedirle cuenta de su honor comprometido, es un espectáculo verdaderamente repugnante. Esto es en fin, degradar el nombre de padre, desconocer el amor filial y trastornar la naturaleza. Triste es semejante extravío en el señor Larra, y más triste aun siendo este uno de sus dramas mejor escritos, literariamente hablando, y habiendo sido ejecutado con bastante esmero.

El Último que lo sabe, representado en el Príncipe no ha hecho más que pasar, y no se merecía en realidad otra cosa.

Finalmente, en la Zarzuela hemos tenido el célebre prestidigitador *Mr. Velle*, que ha agradado bastante con sus suertes.

Con motivo de las funciones de este señor oímos decir que la empresa pensaba aumentar el precio de las localidades. No lo creemos á causa de estar ya algo adelantada la temporada, y porque solo el ángel malo del señor Gaztambide le podría sugerir tan descabellado propósito. Por si esto era cierto, la mayor parte de los abonados empezaron á pensar que ir adelante en escala ascendente los precios y en escala descendente el mérito de las obras *no entraba* en sus intereses, y que estos por lo tanto no debían salir de su bolsillo convertidos en moneda. Que esto haga volver á la clase de utopías las nuevas combinaciones económicas del señor Gaztambide.

La Estrella de los Encantados sigue dando buenas entradas en Novedades.—El señor Catalan es un actor cómico que trabaja con mucha conciencia, pese á ciertos críticos.—Sentiremos que el mal gusto del público le estravíe, como de ordinario acontece.

ENRIQUE ULLOA.

El secretario de la Redacción, A. de Q. y GUEDEA.

Editor responsable, FELIPE LASARTE.

IMPRESA DE C. MOLINER Y COMPAÑÍA, Cervantes, 17, pral.